



Laboa y Llach devolvieron el recuerdo a Donostia

Mikel Laboa y Lluís Llach llenaron durante casi cuatro horas el Polideportivo de Anoeta en un concierto organizado por LA VOZ DE EUSKADI.

Los aplausos ahogaron los primeros rasgos de Laboa cuando a las nueve y cuarto dominó un escenario en el que la canción y la escenificación se fusionaron admirablemente con el retorno de este cantautor euskaldun.

Acompañado por el inseparable Iñaki Salvador al acordeón unas veces, y al piano otras, Laboa fue desbrozando uno tras otro, hasta doce temas, viejas y nuevas canciones conocidas y creadas por el público que llenaba el recinto. Se sucedieron en su repertorio poemas de Xabier Leite y Bernardo Atxaga, al que memorizó marcando firmes pasos de tango sobre las tablas.

Pero no faltaron temas como *Baztango lurregn*, *Kateak itsu-siak bai dira*, *Tzarren hautsa* y *Zure begiak enē maitiak*. Y algunos más recientes de su último disco, *Bat, hiru, lau*, como *Inkomunikazioa*, que fue sin duda, por su magnífica interpretación en el lenguaje del absurdo, la que más aplausos se llevó.

Tras una calurosa ovación en la que por dos veces se despidió

del público, fue seguido de Lluís Llach que comenzó arrancando de la garganta la inutilidad de las cadenas de *Vientos del Norte*, *vientos del Sur*. Luego siguió narrando, entre canción y canción, la existencia de un país de mil habitantes —el suyo— "sin contar las vacas y gallinas", en el que los 999 habitantes le rinden protagonismo cuando él está ausente, con un humor que no siempre le caracteriza.

...Y habla del gusto por las "cosas imposibles para ver si algún día se hacen posibles", del sueño como terapia contra la mediocridad política, tema más actual de *No rebajes el sueño*, y del amor, mientras alguien aprovecha la complicidad de la sombra para besar a la pareja bajo el ala del sombrero.

Desde su pueblo natal, Lluís recorre geografías, metáforas del pasado y del presente y directas del presente y del pasado, porque para él, aunque cambien los instrumentos quedan los posos de la justicia, el sedimento de la libertad, el combate cotidiano y todo lo que hace que las cosas no sean tan distintas como parecen.

Así, este catalán añejo va vacilando con las luces mientras el público se envuelve en cada uno

de sus temas y la participación crece a medida que el concierto avanza; no puede faltar el recuerdo a *L'Estaca*, el 68, el consiguiente coreo general, *Amor particular*, *Campanades a morts*...

...Y Lluís comenta, comenta sin perder el humor con una suave y lánguida solera, aprendida de los años y del pateo de decenas de escenarios. Comenta como él dice "para balancear la cosa" y cuando no comenta, canta, y cuando canta se queda como fundido y abrazado en el éxtasis del piano, del que sólo se despega en dos o tres ocasiones para cambiarlo por la guitarra.

El acompañamiento, magistral. El secreto, un oficio privilegiado que le permite conocer puertos, mares y gentes. Itaca es un viaje; la vida de cada cual con sus metas, obsesiones y utopías correspondientes. Y es que la "utopía es una cosa por la que cada día se paga menos". Itaca es un viaje con el que el cantautor se despide, deseando un buen final personal y colectivo.

Pero se despide sólo mientras le dejamos. Todavía ha de volver para cantar junto con "el amigo vasco" el inolvidable poema *He-goak ebaki banizkio*, con el público de coro.

Dos culturas que se estrechan la mano

Hablando de minorías, de las culturas minoritarias, nos encontramos con dos claros exponentes que demuestran cualquier definición que pudiera hacer el mejor diccionario. Obligados por las circunstancias a expresarnos en un idioma común (castellano), se apreciaba y más tarde se comprobó que de común nada, más bien ajeno. Mil y un aspectos, matices, dificultades para expresar un pensamiento este o el otro, lo demostraron. Pero había que buscar un punto lo más próximo a todos y lo encontramos en la forma de expresión mayoritaria en aquel momento.

En este sentido, manifestaba Lluís Llach a quienes nos acercamos después del concierto con el ánimo de charlar un rato y en relación a la vigencia de cantantes como ellos mismos y de canciones como *L'Estaca*, que a finales de los años sesenta hizo bandera común de las luchas populares que se desencadenaban en el Estado español, que básicamente los problemas comunitarios, y cómo no los individuales, "siguen existiendo". "La democracia occidental podría ser un aliado, pero su gran dilema es que no se ha planteado el respeto a las minorías no estatales."

Laboa no difirió de este pensamiento y así lo demostró interpretando una canción de amor, *Zure begiak*, después de diez años. "Las canciones de ayer siguen vigentes hoy —manifestó Laboa—. La necesidad de libertad, justicia, amor es válida a través de todos los tiempos."

Un recibimiento cálido el que

pudo comprobar este gran cantautor euskaldun que después de varios años alejado de la música ha prometido, "no sé si será pronto, quizás dentro de unos meses", un nuevo disco y una mayor dedicación profesional. "Lo que me importaba ahora era volar a cantar, conectar con el público, ver cómo respondía. Y lo he conseguido. Estoy contento."

Le decimos a Llach que él sigue comunicándose con la gente y pensamos que eso puede ser porque ha conseguido no mezclarse con el mundo que cada vez con más frecuencia envuelve al espectáculo, a una persona o grupo que mueve dinero, e incluso ideas, y que ha alcanzado a gente hasta ahora inmutable, como son los cantautores. Y que pensábamos el culpable de todo podía ser la industria. Pero Llach niega que esté ahí el problema.

"Yo no creo que se trate de un problema de industria, sino de poder. Hay gente que se siente protegida, más a gusto en el poder y ha perdido la función crítica que antaño practicaba. Yo me veo como un ser humano, medio de comunicación y que asume esta responsabilidad. Intento testimoniar todo lo bueno, lo malo, las certezas de nuestro tiempo. Y si esto me enfrenta al poder o a la maquinaria industrial, tanto me da."

Cuando nos despedimos, les deseamos a los dos sinceramente que puedan seguir siendo así "libres", hasta que "nos toque andar con el carrito" de la jubilación forzosa.

